

## Etnografía de piso revisitada: la mimetización laboral en un taller de costura con migrantes en São Paulo, Brasil\*

**Bruno Miranda** \*\*

*Universidad Nacional Autónoma de México*  
brunofemiranda@gmail.com

Recibido: 3.06.19

Aceptado: 26.06.19

**Resumen:** Sin los brazos y las manos de los migrantes bolivianos, la industria de la confección con sede en la zona metropolitana de São Paulo se paralizaría. Esta es la sensación que se tiene después de profundizar en el estudio de las movibilidades de los costureros sudamericanos entre los Andes y el referido conurbano. Los talleres de costura son los lugares de habitación y de trabajo de esos sujetos, que se insertan en los circuitos productivos para confeccionar prendas de vestir populares. Estos y otros elementos de la relación laboral instituida entre los gestores del taller y los empleados, han dado margen a su caracterización como trabajo esclavo. En el presente trabajo, revisito la etnografía de piso como forma de mimetización laboral, es decir, recurro a la inserción del etnógrafo en el proceso productivo (me integré como costurero en un taller con migrantes bolivianos en el barrio Bom Retiro, en el centro de la ciudad). Los resultados corroboran algunos de los hallazgos anteriores en términos de la

---

\* Este texto es derivado de una tesis doctoral premiada por la Academia Mexicana de Ciencias a las Mejores Tesis de Ciencias Sociales 2016.

\*\* Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM. Becario del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, asesorado por la doctora Cristina Amescua Chávez.

contratación y empleo y revelan nuevas configuraciones de subcontratación y de relación laboral.

**Palabras clave:** mimetización etnográfica, industria de confección, migración boliviana

### **Revisited shop-floor ethnography: Immersion in a sweatshop with Bolivian migrants in São Paulo**

**Abstract:** Without the arms and hands of Bolivian migrants, the garment industry based in the metropolitan area of São Paulo would be paralyzed. This is the sensation when deepening in the study of South American sewers' mobilities between the Andes and the referred area. The sweatshops are the places where these subjects live and work, and are inserted in the productive circuits responsible for popular clothing production. These and other elements of the labor relationship instituted between the workshop managers and sewing men and women have given rise to their characterization as slave labor. In this work, I revisit shop-floor ethnography as a form of immersion, that is, through the insertion of the ethnographer in the productive process. In the present case, this meant inserting myself as another sewer inside a sweatshop with Bolivian migrants in Bom Retiro neighborhood, located in São Paulo downtown. Findings corroborate some of the previous researches in terms of hiring and employment, and reveal new subcontracting and employment relationship configurations.

**Keywords:** ethnographic immersion, garment industry, Bolivian migration

### **Etnografia de chão de fábrica revisitada: A mimetização laboral em uma oficina de costura com migrantes em São Paulo**

**Resumo:** Sem os braços e as mãos dos migrantes bolivianos, a indústria da confecção da área metropolitana de São Paulo ficaria paralisada. Esta é a sensação que se tem ao aprofundar no estudo das mobilidades dos costureiros sul-americanos entre os Andes e o referido conurbano. As oficinas de costura são os lugares onde estes sujeitos vivem e trabalham. Eles se inserem nos circuitos produtivos para a fabricação de roupas populares. Esses e outros elementos da relação de trabalho instituída entre os oficineiros e os costureiros migrantes deram origem à sua caracterização como trabalho escravo. Neste trabalho, revisito a etnografia de chão de fábrica como uma forma de mimetização laboral, ou seja, através da inserção do etnógrafo no processo produtivo. No presente caso, isso significou inserir-me como um costureiro em uma oficina de costura com migrantes bolivianos no bairro do Bom Retiro, no centro de São Paulo. Os resultados corroboram algumas das conclusões de pesquisas anteriores em

termos de contratação e emprego. Ao mesmo tempo, revelam novas configurações de subcontratação e de relações de trabalho.

**Palavras-chave:** mimetização etnográfica, indústria de confecção, migração boliviana

## Introducción

En este texto pretendo analizar algunas de las movilidades que conectan los Andes bolivianos con la zona metropolitana de São Paulo. Son movilidades estructuradas entorno a un mercado laboral transnacional, la industria de la confección, y que se masifican a partir de los años noventa y el viraje de siglo. Los datos del consulado boliviano en la ciudad dan cuenta de la presencia de cerca de 350 mil migrantes bolivianos en el conurbano paulista (Mekari, 2016). Gran parte de ellos son empleados en talleres de costura que, fragmentados, varían entre ocho y diez mil unidades productivas, según levantamiento del Ministerio del Trabajo y Empleo (Zonta, 2013).

Aunque la industria de confección brasileña ocupa un lugar secundario en las importaciones/exportaciones de textiles y de vestuario en términos globales, en años recientes se ha mantenido entre los cinco productores de telas, prendas de vestir y accesorios (ABIT, 2016). Eso se explica por la presencia de la cadena integral en el país, desde el cultivo del algodón, la producción de fibras sintéticas, pasando por las actividades de hilandería y tejeduría, hasta las confecciones. En general, la producción nacional se distribuye y se comercializa también en territorio nacional. Las dimensiones y la complejidad de la industria se deben a la segmentación en varias subcadenas de producción, distribución, comercialización y consumo existentes, en las que distintos actores intercambian fuerza de trabajo, mercancías y servicios. En São Paulo, los circuitos inferiores de la industria de confección (Da Silva, 2012) son precisamente los que suministran con ropa y accesorios a las ferias, mercados populares y tiendas del polo Brás-Bom Retiro, ubicado en el centro de la ciudad. La *Feirinha da Madrugada* y las calles de su entorno son el espacio por excelencia de ese circuito. Dicho de otra manera, los circuitos inferiores poseen elementos de la globalización desde abajo (Alba, Ribeiro y Mathews, 2015), una vez que movilizan a pequeños capitales por medio de pequeños empresarios y atienden al consumidor popular de las capitales y de grandes parcelas del interior del país.

A lo largo de los años sesenta, se desarrolló un modo de organización productiva esencial que permite entender la inserción de migrantes bolivianos en

la industria de confección de São Paulo. En sus inicios, los migrantes nordestinos (de los estados del noreste de Brasil) impulsaron el *sistema de carregação* y esto dio lugar a la producción de ropas destinada al comercio ambulante (callejero), confeccionada en talleres familiares propios o subcontratados. En ese período, la competitividad entre nordestinos y familias coreanas asentadas en la ciudad dio origen a una modalidad de confección mayorista cuyo ciclo productivo es acelerado y rotativo (De Freitas, 2008). A lo largo de los años noventa, los individuos, familias y grupos procedentes de los Andes bolivianos retomaron la forma de trabajo que en un principio utilizaron los talleristas<sup>1</sup> coreanos y con ello pasaron a gestionar los locales de trabajo y a realizar contrataciones (parientes, vecinos y amigos). Estas condiciones dieron lugar a complejos arreglos familiares y de padrinzago. Así el taller de costura se convirtió también en vivienda. El ejercicio laboral de los trabajadores de la costura de Bolivia transcurre en jornadas de 15 horas o más, con cortos intervalos para alimentarse. Predomina el pago a destajo, es decir, por prenda confeccionada, lo que los incita a extender las horas trabajadas para aumentar el ingreso mensual. A raíz de esos elementos que permean la relación laboral de los migrantes, ciertas entidades estatales, asociaciones civiles y organizaciones no gubernamentales en Brasil han desempeñado una lucha por la erradicación de lo que el Código Penal brasileño tipifica como “condiciones análogas a la esclavitud” (Repórter Brasil, 2012).

4 

Esos sujetos migrantes se han enfrentado a condiciones de insalubridad en los talleres de costura, que derivan de unas instalaciones eléctricas impropias y a problemas respiratorios (tuberculosis) provocados por el polvo que circula en el ambiente oriundo de las telas que manejan a diario, además de dolores en la espalda, gastritis y estrés (Silveira, Martín y Goldberg, 2018). El trabajo investigativo realizado por la ONG Repórter Brasilha revelado casos en los que las violencias practicadas por los empleadores (en general, también migrantes bolivianos) incluyen la retención de los documentos personales y el encierro en el taller bajo amenaza, por parte de los talleristas, de ser entregados a las autoridades migratorias brasileñas. De esa forma, en casas o departamentos residenciales y de manera improvisada, se conjugan las principales actividades del costurero: el trabajo, la vivienda y la alimentación.

Los relatos recogidos de miembros de cuatro talleres con migrantes bolivianos ubicados en el centro y en el norte de la ciudad de São Paulo entre 2014 y el presente, registran cómo las redes sociales construidas entre los migrantes

---

<sup>1</sup> Los talleristas son los gestores del taller de costura.

promueven la circulación de trabajadores de la costura entre La Paz/El Alto, Buenos Aires y São Paulo en función de las coyunturas económicas más o menos favorables de los países de llegada. De esa manera, se desenvuelve un triángulo circulatorio entre Bolivia, Argentina y Brasil que responde por unas movilidades significativas entre los Andes y el Cono Sur. Dicha circulación migratoria es responsable además de la reproducción de un entramado compuesto de miles de pequeños talleres de costura, esenciales para suplir la demanda de consumo de prendas de vestir populares en la región. En los minitalleres que suministran prendas a ferias de Buenos Aires como La Salada, diferenciados por Montero Bressán y Arcos (2016) como *local sweatshops*, se practican formas de contratación y empleo de costureros similares a las de São Paulo. Ejemplos de ello son el pago del traslado por el futuro patrón, el pago por pieza confeccionada y el llamado “sistema de cama caliente” que conjuga el local de trabajo y la vivienda (Benencia, 2009; Freire y Côrtes, 2017; Miranda, 2017; Silveira, Martín y Goldberg, 2018).

Este texto es el resultado de una inmersión etnográfica que realicé en un taller de costura con migrantes en São Paulo en 2015 y del seguimiento de la trayectoria migratoria de una de las familias migrantes que acompañé desde 2014. Desarrollo dos ejercicios de contraste: el primero de ellos tiene su origen en investigaciones previas sobre el tema de la migración boliviana a la ciudad, y el segundo se basa en dos trabajos etnográficos de mimetización laboral emblemáticos en la sociología del trabajo. El objetivo es analizar la etnografía de piso como un elemento clave ya que mediante ella es posible ratificar algunos elementos del acuerdo laboral, además de profundizar y revelar otros que no han sido debatidos con suficiencia, dentro y fuera de la academia.

Este artículo consta de cinco apartados y una conclusión. En los dos primeros, narro mi entrada a un taller de costura, a cargo de una joven pareja boliviana en el centro de São Paulo. Evidencio las negociaciones necesarias, describo con detalle los acontecimientos más relevantes a lo largo de una jornada laboral frente a la máquina de costura y articulo esta experiencia con el relato de las trayectorias migratorias y laborales de los miembros del taller. En el siguiente apartado, analizo la inserción del taller en los circuitos productivos de confección de la ciudad, el esquema de subcontratación laboral y revelo los números entorno a las cuentas del taller. Luego, reservo dos apartados para recuperar dos trabajos de mimetización laboral y las investigaciones recientes sobre la migración boliviana a Sao Paulo. Por último, en la conclusión, propongo algunas formas de utilizar los hallazgos de esta investigación.

## La entrada al taller de costura

La etnografía mediante inmersión laboral, a que llamaré etnografía de piso, fue realizada en un taller de costura del barrio de Bom Retiro, São Paulo, uno de los primeros de la ciudad, que abriga población migrante hace más de un siglo. Este taller estaba bajo la gestión de una pareja joven (Roberto y Marta, provenientes de la ciudad de El Alto, Bolivia). En él habitaban sus cuatro hijos y otros tres migrantes bolivianos en calidad de empleados. Mi etnografía de piso en calidad de costurero fue de 184 horas en total, durante el mes de febrero de 2015, con una jornada de lunes a viernes de 7:00h a las 22:00h, y los sábados de 7:00h al mediodía. De la segunda semana de marzo a la última de abril, he seguido con la etnografía, pero fuera del taller, a través de una convivencia con los miembros del taller los fines de semana. Luego, de 2015 a 2017, he podido acompañar a la familia en cuestión por medio de las redes sociales (Facebook y WhatsApp). En 2018, emprendí otra etnografía en el barrio Cosmos 79, en El Alto, donde viven cuando regresan a los Andes bolivianos.

El taller de costura de Roberto y Marta<sup>2</sup> se encontraba en un edificio con doce departamentos, de los cuales nada más uno estaba vacío a mi llegada. Luego, sería ocupado por migrantes paraguayos. Los otros once eran talleres de costura con migrantes bolivianos. Al subir por sus escaleras, se distinguían dos sonidos: el de las radios prendidas y el de las máquinas de costura. Las voces no se escuchaban. En el interior, con las ventanas abiertas todo el día, se podía ver lo que pasaba en el espacio vecino. Era verano y hacía mucho calor en São Paulo. Se veían las cabezas de los cuerpos de los vecinos migrantes, quienes permanecían sentados, cosiendo. Según Roberto, el agente inmobiliario era un tipo bastante condescendiente. Al preguntarle porqué, me dijo sin vacilar que no es fácil conseguir un departamento en renta para ponerlo a funcionar en esta modalidad. Si los vecinos no fueran migrantes costureros habría quejas por el ruido de las máquinas. Ésta era la ventaja de tener todo el edificio a manera de espacio para manufactura, donde se podía trabajar todo el día con la radio prendida y a alto volumen.

Mi entrada a un taller había sido planeada desde hacía por lo menos un año. En marzo de 2014, cuando estuve en São Paulo, entré en contacto con personas que después se volverían mis interlocutores clave. Yo tenía bastante presente la dificultad para que como extranjero me insertara a círculos andino-bolivianos, en especial cuando se trata de gente blanca, como yo. Luego de un año de

---

<sup>2</sup> Los nombres de los sujetos migrantes son todos seudónimos.

contactos con migrantes, interlocutores y organismos de atención al migrante, además de nuevas visitas realizadas en 2015, expresé con claridad a mis dos interlocutores-clave la intención de ingresar a un taller, y si fuera posible, trabajar en condición de costurero. Uno de ellos se convenció ante mi insistencia y me indicó gran parte de sus contactos para otras entrevistas y dos parejas de migrantes andinos para que yo les planteara mis aspiraciones. Una de las parejas fue justo Roberto y Marta. A causa de los lazos de solidaridad entre la persona que me hizo el puente y la pareja tallerista, fui recibido para hacerles saber de mi propuesta de trabajo de manera bastante receptiva. La entrada al taller por medio de sus gestores ha delimitado las formas mismas por las que la información me fue otorgada. Más allá de sujetos etnográficos, Roberto y Marta fungieron como los interlocutores-clave y fueron el puente con otros trabajadores de la costura. Por un lado, tuve el respaldo suficiente para habitar en el taller y convivir con los demás empleados; por el otro, los lazos estrechos con los empleadores me colocaban en un lugar de riesgo latente de ofuscamiento de las relaciones de poderinternas.

El planteamiento que le hice a Roberto fue intercambiar mi fuerza de trabajo por conocimiento acerca de la dinámica productiva del taller. En otras palabras, yo trabajaría como otro costurero, cumpliendo las jornadas laborales y demás obligaciones a cambio de que me dijeran cómo se arma una prenda, con qué máquinas, cómo se divide el trabajo entre gestores y empleados, cuál es la lógica de pago, para qué marcas trabajan, cuánto reciben por prenda y otros aspectos de lo que observara. Tanto Roberto como Marta habían colaborado con el CAMI, donde ejercieron varias funciones, como observadores de talleres de costura, agentes sociales, difusores de los derechos del migrante y organizadores de cursos de portugués. Marta, semanas después, sería invitada a representar a las mujeres migrantes en el sindicato de costureras del barrio, y a impartir talleres con ellas donde podían compartir sus vivencias desde la perspectiva de género. Lo que significa que ambos estaban sensibilizados a la situación del migrante costurero. En los últimos diez años, habían vivido las zozobras de este universo. Dado el interés que yo (de nacionalidad brasileña) manifestaba por conocer sus condiciones laborales, ambos se percataron de la posibilidad de dar a conocer su condición laboral, que también es de tantos otros migrantes costureros. Eso ayuda a explicar porqué aceptaron mi propuesta.

A mi llegada, Roberto y Marta componían el taller, los demás costureros se incorporaron a lo largo de mi estancia. El espacio de las seis máquinas de costura constaba de 10m<sup>2</sup> y al sumar el espacio de los cuartos, cocina y baños alcanzaba 50m<sup>2</sup>. En la sala-taller, había tres máquinas rectas electrónicas, dos galoneras, una *overlock* y una *interlock*, juntas formaban un área cuadrada. El

espacio del medio en general era ocupado por retazos de tela de una o más prendas. Había además una pequeña área externa, de menos de 2m<sup>2</sup>, para lavar la ropa y tenderla. Las dimensiones diminutas del taller podían albergar un máximo de seis costureros. Estas condiciones reflejan la descentralización y pulverización laboral de la industria de la confección en su situación más endeble, producto de procesos de subcontratación impulsados por empresas cuyas marcas de ropa tienen alcance local, nacional e internacional. Así que, en lugar de contratar talleres con numerosos costureros, se opta cada vez más por esparcir el ensamblaje de ropas a talleres pequeños, para evadir costos laborales y dificultar la fiscalización de los agentes del Ministerio del Trabajo y Empleo (MTE) y del Ministerio Público del Trabajo (MPT). La primera semana yo empezaría a las 8:00 y trabajaría hasta las 18:00, con derecho a quince minutos de desayuno y una hora de almuerzo. A partir de la segunda, me mudaría a uno de los cuartos del departamento (un espacio de 2.5 m<sup>2</sup>, improvisado, donde sólo entra una cama) y trabajaría la jornada completa, es decir, de 7:00 a 22:00, lo que incluía otro café de quince minutos en la tarde y la cena, al final de la jornada.

Al finalizar el primer día, yo había participado en la confección de tres prendas distintas. Me sentía bastante seguro en lo que al manejo de la máquina recta se refiere, pese a nunca antes haber cosido. Eso puede ayudar a entender la inserción de migrantes sin calificación previa y nos aleja de la equivocada idea de que los migrantes andinos tienen una tradición de origen vinculada con el telar que favorece su circulación y consecuente integración laboral en la industria de la confección. A ese respecto, se trata de un nicho laboral y no étnico (Souchaud, 2012). En la industria de la confección, por lo tanto, se requiere de poca técnica y de poco capital inicial para empezar un taller. Al final de la jornada, organizaban la sala de costura para que las centenas de trozos de tela que se acumulan, no se perdieran, no se mezclaran con otros, o para que la misma prenda, cuyas piezas todavía están sueltas, no fueran a parar en la pila equivocada. La tarea de limpiar los dos cuartos y la sala-taller era de los niños más grandes.

### **Trayectorias voladoras**

El proyecto migratorio de la pareja gestora del taller ha sido pensado por Roberto en primera instancia. Sin parientes en São Paulo, decidió emprender el viaje en 2005, Marta y los dos hijos mayores se habían quedado en La Paz. Los hijos, más tarde vendrían a sumar cuatro, han sido el principal impulsor de la migración. Proveniente de barrios populares de la ciudad de El Alto, él tiene 30

años y fue motivado a migrar a Brasil por parte de su vecino en Bolivia, quien ya mantenía un taller en São Paulo. Su primer recorrido se dio por la frontera entre Puerto Suárez y Corumbá, del lado brasileño. No tenía calificación previa en la costura. Lo único que tenía al llegar era una deuda con su futuro patrón, quien le financió el viaje. Este es el primer vínculo establecido entre empleador y empleado, a través de una deuda inicial. Empezó entonces a desempeñarse como planchador de lunes a domingo, cobrando U\$16 al mes, más comida y techo. Este ha sido el pago los nueve meses siguientes. Luego, ascendió a ayudante de taller. *Voló*<sup>3</sup> por más de veinte talleres antes de formar su propio taller. No se acostumbraba con la comida o el ambiente y solía *volar* de un taller al otro mes tras mes. Hoy, maneja las máquinas rectas, *interlock*, *overlock*, además conoce el procedimiento básico para armar las piezas sueltas de unaprenda.

Marta es dos años más grande que su pareja. Nació en la ciudad de Oruro, también en el altiplano boliviano. Ella ha llegado a São Paulo vía Corumbá tres años después de su marido, entre 2007 y 2008, cuando Roberto volvió para buscarla. En esta ocasión dejaron a los dos hijos mayores con su suegra en La Paz. La hija mayor tenía cinco años y el más chico, tres años. En la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, dada la falta de documentación e información, efectuó el pago de lo equivalente a cerca de U\$200 a un coyote, quien se encargaría de conseguirle el sello correspondiente de la visa a Brasil y trasladarla directamente a su destino. Este monto, más los boletos de autobús dentro de Bolivia, alojamiento y comida fueron todos financiados por su futura empleadora. Roberto, quien ya tenía papeles en ese entonces, no necesitó pagar el coyote. Según ellos, tardaron seis meses en pagar sus deudas, es decir, trabajaron seis meses en el mismo taller antes de poder *volar* a otro.

Marta me enumera los talleres por los cuales *voló*: siete en total, ubicados en los barrios Brás, Bresser, Pari y algunos otros céntricos de la ciudad, siempre con Roberto. El año de 2009 volvieron a Bolivia en separado, Roberto antes y Marta unos meses después, ambos vía Corumbá. Marta estaba embarazada de cinco meses de su tercer hijo. Se quedaron siete meses en el altiplano. Marta me comentó que pese el trabajo intenso al cual se somete uno, estuvo tentada a volver a São Paulo estando en La Paz. Nacido el tercer hijo en Bolivia, volvieron a São Paulo, en esta ocasión, con los tres hijos. Eligieron el camino vía el Chaco paraguayo, menos riesgoso en términos de control migratorio-policiaco, aunque más duro. De nuevo, volvieron en separado, Roberto antes y Marta después.

---

<sup>3</sup> Esta es la jerga utilizada por los migrantes costureros para expresar el cambio de taller.

Su entonces futuro patrón le había encargado otros cuatro migrantes costureros, entre ellas la tía de Roberto, Luisa, y el hermano de Marta. Les dijo el patrón que se encargaría de los boletos de los cuatro al cruzar la frontera con Brasil, lo que no sucedió. Roberto y Marta tuvieron que pagarles los boletos de autobús hacia São Paulo desde Foz do Iguaçu, en la frontera entre Paraguay y Brasil. Llegaron a la capital paulista con apenas U\$115. En 2011, Roberto y Marta decidieron rentar un cuarto dentro de un departamento compartido con otros migrantes en Bom Retiro e instalarse con dos máquinas, una recta y una *interlock*. Su propio ex patrón les rentó las máquinas. Pagaban entre U\$30 y U\$45 por cada máquina al mes (en el orden que se presentan). El departamento-taller donde vivían a mi llegada está en un segundo piso. Pagaban cerca de U\$510 de renta, con seis máquinas propias y una endeudada, en las cuales pueden trabajar otras cinco personas. En la llamada escalera de la confección, parafraseando a Benencia (2008), parece ser que hubo ascensión en su trayectoria sociolaboral, considerando que ahora son talleristas. Roberto y Marta tenían residencia brasileña de maneradefinitiva.

El hecho más trascendente de la tercera semana de trabajo fue la llegada de una pareja de bolivianos, en condición de costureros: Pablo y Perla. Llegaron desde la ciudad de Itaquaquecetuba, zona metropolitana de São Paulo, donde habían trabajado en un taller por cuatro meses. Él es proveniente del Distrito 6 de la ciudad de El Alto, región de Río Seco. Ella es de La Paz. Vinieron por la ruta Corumbá y obtuvieron visas de turista con validez de treinta días. Son jóvenes: él tiene 29, ella 24 años. Ella estaba embarazada de seis meses. Después, en Praça Kantuta, un espacio frecuentado por familias bolivianas en la ciudad, Pablo me confesaría que tuvieron problemas con la mujer de su ex patrón, quien les pagaba sólo *vales*, como son conocidos los pagos anticipados que luego son descontados del pago mensual. Es decir, Pablo y Perla no habían recibido sueldos completos durante esos cuatromeses.

Cuando Pablo y Perla llegaron, ayudé a Roberto a adaptar la mitad de la cocina para acondicionar un cuarto. Esto refleja el grado de improvisación al que están sometidos los microtalleres productivos. Entonces el comedor desapareció y los nuevos empleados se quedaron con una cama individual y el ventilador que me ayudaba a dormir sin tanto calor ni zancudos. La pareja acompañaba sentada y callada nuestros vaivenes por el departamento. Perla revelaba incomodidad al enterarse de sus nuevas instalaciones. Los dos primeros días les fueron incómodos a raíz de la falta de privacidad que tenían en su cuarto improvisado, sin puertas. Éramos entonces seis costureros. Pablo y Perla decidieron empezar su jornada laboral a las 7:30 h. Estos días, Roberto y Marta, los gestores, trabajarían más allá de la jornada preestablecida (hasta las 22:00 h). Un par de



días, llegaron a ser los únicos costureros a trabajar más allá de la medianoche, cuando todos los empleados ya descansaban, debido al plazo de entrega que había fijado la empresa subcontratista correspondiente. Trabajarían, por lo tanto, más de diecisiete horas al día.

### **“Es que los coreanos nos engañan”**

Durante el primer encuentro que tuve con Roberto y Marta, antes de mi entrada efectiva al taller, ambos destacaron el rol que cumplían las “tiendas coreanas” de Bom Retiro y la forma cómo se trataban entre sí en los negocios. Por coreanos aludían a los grupos y familias de ascendencia coreana que han hegemonizado el comercio de prendas de vestir en el barrio en especial a partir de los años noventa. En el taller de Roberto y Marta, se confeccionaba ropa para marcas femeninas locales, a unas cuadras del taller. Durante mi etnografía de piso, me di cuenta de tres de ellas: Marian, Naranja y Florida<sup>4</sup>. Las dos primeras tienen tiendas en las calles Dos Italianos y Aimorés, ubicadas en el corazón comercial del barrio. Las empresas con tiendas comercializadoras son más exigentes, “no puede haber fallas con coreanos porque no nos perdonan”, dice Roberto (Diario de campo, 7 de marzo de 2015). En ese negocio, es necesario ser prudente y “mantener la fidelidad a la misma marca”, porque en los meses de baja en la industria de confección, hay que tener con quien contar. El taller no puede parar. El 2015 había empezado bien “gracias a Dios”, con “servicio”. Eso porque, por lo general, diciembre, enero y el carnaval no son buenas épocas para trabajar, bien como junio, julio y agosto; las cosas mejoran a partir de septiembre. Para la pareja gestora, el 2014 fue un año difícil: “no ha faltado comida, pero dinero sí”, según Roberto (Diario de campo, 10 de febrero de 2015). Y en esas condiciones es más difícil mantener empleados.

Roberto y Marta no vendían en la *Feirinha da Madrugada* del barrio Brás, preferían agarrar “servicio” de las tiendas de Bom Retiro por la cercanía, por la facilidad de los contactos y porque pagan mejor. El público consumidor de las tiendas de Bom Retiro exige mejor calidad de tela y diseño en comparación con los compradores de la *Feirinha*. Eso implica una ligera sofisticación, que se traduce, por ejemplo, en la autenticidad de diseños (los modelos de las vitrinas no se repiten). Se trata de “una clase media con más gusto que la que compra en

---

<sup>4</sup> Los nombres de las marcas son ficticios.

el barrio” (Diario de campo, 9 de febrero de 2015). En la *Feirinbaa* su vez, la calidad de la tela es menor y las prendas son más básicas.

La segmentación de mercado existente expresa también cierta diferencia en diseño, calidad de tela y de costura que existe entre las marcas de ropa de Bom Retiro y de Brás, los dos principales polos textiles y del vestuario en la ciudad de São Paulo. Esto expresa los distintos circuitos productivos (Santos, 2009) de la industria de confección local. La costura de Bom Retiro se encuentra en un segmento intermediario; no es popular ni llega a ser elitista. Sigue atendiendo a consumidores que revenden ropa en la provincia del país, con ligera superioridad en calidad, pero no tienen el control de calidad de las prendas expuestas en tiendas de lujo, en los grandes *shopping centers* de la ciudad o en grandes tiendas minoristas, como pueden ser C&A o Zara. Por lo mismo, las prendas siguen siendo “fáciles” de ensamblar, lo cual para Roberto es un atractivo más en el barrio.

Los talleres bolivianos en general no regatean el precio pagado por prenda confeccionada, porque siempre habrá otro taller con migrantes que lo haga por menos. Roberto y su tía Luisa trataron de hacerlo al recibir un pedido de 180 vestidos femeninos de la marca Naranja. La empresa les pagaría U\$1.35 por prenda ensamblada. Luego del regateo, agregaron U\$0.03. Precio final por prenda: U\$1.38. Luisa, quien negociaba precios más justos, me decía que sus connacionales deberían hacer lo mismo. Al no hacerlo, “los coreanos se aprovechan y dejan de pagar unos centavos más” (Diario de campo, 9 de febrero de 2015), lo que coadyuva a la competencia entre talleres por precios más bajos.

De acuerdo con los plazos estimados para entregar el trabajo, la tienda suele distribuir piezas entre distintos talleres. Eso incluye repartición de distintas prendas-piloto. Es como si buscaran el lugar más eficiente en términos de calidad de costura, tiempo de confección y precio (más barato). “Entre menos pagan, menos exigen y menos se quejan”, dice Roberto con relación a los “coreanos” (Diario de campo, 12 de febrero de 2015). Suelen proporcionar prendas entre distintos talleres para que la entrega sea más rápida. Pagan más cuando el plazo es más corto y a la inversa, pagan menos cuando el plazo es más largo.

Además de las “marcas coreanas”, en algunas ocasiones los talleres se pasan servicio entre sí. Por ejemplo, el vecino, cuya sala de coser veíamos desde nuestra ventana, le dejó a Roberto piezas cortadas de 380 pantalones femeninos para que hiciéramos sólo las costuras rectas. Según la negociación, Roberto ganaría cerca de U\$0.35 por cada pantalón (precio para esta labor en particular).

Es la cuarterización del trabajo, en este caso, de un tipo específico de puntada, la recta. Dado el bajo valor por prenda, es conveniente que pocos costureros participen en la confección. Yo fui el único en meter mis manos en esas piezas además de Roberto, Marta y Luisa. La familia gestora no quiso compartir el pago con nadie más. En estos casos, la división del trabajo que la confección de una prenda puede tener es parte de la batalla por más o menos centavos. Escuché la conversación entre mi patrón y el vecino tallerista. Roberto le dijo que tendría todo listo en dos días. Luego me reveló que eso de pasarse servicio entre ellos no es normal y que lo aceptó porque no podía quedarse sin nada. En épocas de baja agarran “servicios malos”. Según él, los vecinos estarían sacando entre U\$1 y U\$1.2 por prenda.

El taller no estaba regularizado, es decir, no tenía inscripción legal en Hacienda y por lo mismo no tenía número de CNPJ (que es como se conoce en Brasil el *Cadastro Nacional de Pessoa Jurídica*). Roberto, entonces, tomaba prestado el CNPJ a otro taller boliviano legalizado y retribuía el favor a lo largo del año a través de otros servicios: “con o sin CNPJ, los coreanos pagan lo mismo, da lo mismo”, me reveló (Diario de campo, 12 de abril de 2015). En la ciudad, hay organismos de apoyo al migrante que auxilian en la regulación jurídica del taller, a través de cursos, ponencias u orientaciones generales. Sin embargo, nunca estuvo al alcance del bolsillo de Roberto y Marta, además, los trámites no compensaban el desgaste.

En la segunda semana de taller, sentía la confianza suficiente como para preguntar a Roberto, en la cocina y a solas, cómo pagaba a sus empleados. Él dividía el valor de cada prenda entre tres, lo correspondiente a la renta del inmueble, al pago del costurero y la última para su familia. Los trabajadores se quedaban, por lo tanto, con la tercera parte de la prenda, un 33%. Esto significa que si por una prenda se paga U\$1, el costurero se queda con U\$0.33. Por lo mismo, el gestor a cargo debe administrar quienes participan en el ensamblaje de las prendas que circulan por el local de trabajo. Según su lógica de pago, tratándose de un espacio como éste, no debe haber más de un subordinado activo en la confección de la misma prenda para que su valor no sea dividido entre más personas.

## Revisitando la etnografía de piso

La etnografía de piso tiene como uno de sus referentes el trabajo de Robert Linhart cuyo título original es *L'Établi* (1978), traducido al español un año después bajo el título “De cadenas y de hombres”. Influido por la militancia

maoísta post-1968 en Francia, el autor se postuló y fue contratado como obrero en una fábrica de Citroën. Se tornó un “establecido”, es decir, un cuadro insertado en el trabajo con un sentido explícito: servir de formador y agitador político entre los obreros fabriles. Desde luego, ese lugar implica privilegios. En su narrativa, Linhart afirma: “la única diferencia real con mis compañeros de la fábrica es que yo siempre podría volver a mi posición de intelectual. Cumplo mi condena igual que ellos, pero tengo la posibilidad de darla por terminada en cualquier momento” (2013: 92). Su “establecimiento”, por lo tanto, debe ser leído en clave de proletarización política, sin fines científicos, por lo menos no en primerainstancia.

No obstante, Linhart despliega un texto etnográfico en el que describe con minuciosidad el engranaje de la cadena de montaje de coches Citroën 2CV. La narrativa en primera persona involucra al lector de inmediato con la “cascada jerárquica” que estructura el local de trabajo: del capataz, pasando por el jefe del equipo hasta los obreros. La fábrica es descrita como una metáfora del capitalismo colonial francés, ya que los puestos y las atribuciones de los obreros varían en función de la lectura racial que se tiene de ellos. De esta manera, de arriba hacia abajo, se sitúan los obreros franceses, seguidos de los inmigrantes europeos, los árabes y los inmigrantes negros.

El autor-obrero nos relata el control, el cálculo del tiempo y de los movimientos corporales de los gestores, y por otro lado, la manipulación temporal que hacen los obreros en la cadena de montaje, ya sea trabajando más rápido entre una y otra carrocería para tener “unos segundos de respiro antes de que se presente un nuevo coche” (2013: 12), o intensificando su ritmo hasta acumular luego de un par de horas, unos minutos de descanso. La lucha constante de cada obrero contra la temporalidad también incluye el no “hundirse”, que en la jerga del piso de fábrica significa no retrasarse mientras las carrocerías colgadas van pasando por la cadena de montaje. La narración da cuenta de los esfuerzos físicos desplegados por el “establecido”, cómo su propio cuerpo responde a esos esfuerzos desde el taller de soldadura hasta el de terminación de los coches recién pintados y de ahí al de vestiduras donde se ponen los asientos. Por último, Linhart es transferido al almacén de piezas sueltas, su “lugar de exilio”, luego de ayudar a conflagrar paros diarios en los que confluyeron centenas de obreros.

Ante la repetitividad de tareas y la monotonía que eso genera, en el texto aflora la importancia que cada obrero le da a las pequeñas satisfacciones: si la comida del día será pescado o si será pollo, los pocos minutos de descanso, la esperanza de poder fumar un cigarrillo a lo largo de la jornada. En el mismo tenor, Linhart

trata de buscar las pequeñas muestras de resistencia entre los obreros que aparecen en los gestos en apariencia triviales: la ayuda solidaria que le han ofrecido para ejecutar las tareas manuales del taller, los accidentes causados para que las máquinas se enlentecieran, los gritos fúricos por los minutos de descanso eventualmente apropiados por los supervisores. Es en los microrrelatos del cotidiano donde el autor-obrero encuentra insumos para fomentar y concretar su proyectopolítico.

Aunque sea considerado el estudio emblemático, cinco años después, Michael Burawoy (1989[1973]), realizó una etnografía de piso en los mismos moldes. Se incorporó como maquinista a los talleres mecánicos de *Allied Corporation*, una fábrica ubicada en Chicago que producía equipo para la agroindustria. Burawoy partía de que la aceptación y la sujeción al capital por parte del trabajador contienen en sí un elemento consciente, voluntario. Le interesaba indagar y explorar los espacios de la producción del consentimiento en el local de trabajo.

De acuerdo al etnógrafo, la producción del consentimiento es un mecanismo que consta de tres partes. En primer lugar, Burawoy concibe un sistema de gobierno interno a la empresa, generado por la necesidad de negociar con el sindicato. La misma existencia de un órgano defensor de los derechos de los trabajadores, plasmado en el sindicato, establece derechos, tales como las compensaciones por antigüedad para citar un ejemplo. En conjunto, este y otros derechos son parte de la negociación colectiva y conforman un modelo interno de gobierno, cuyo resultado es vincular al trabajador a la empresa a través de articular sus intereses con los del capital. De esa manera, el trabajador, mediante consentimiento, vela y coopera para el crecimiento de la compañía donde labora. Este sistema, acuñado por Burawoy de Estado interno, “encubre las relaciones capitalistas de producción en el proceso productivo mediante la constitución de los trabajadores como individuos –ciudadanos industriales titulares de derechos y obligaciones– en vez de como miembros de una clase” (1989:151).

El segundo pilar de la producción de consentimiento es la existencia de puestos de trabajo en la empresa, incluidos los mecanismos de ascensión laboral y calificación interna, así como la escala de salarios. Lo anterior genera espacios de elección para el obrero sobre su propio desarrollo laboral. Esa serie de normas cumple la función de interiorizar la lógica de la competencia. Así como el Estado interno, el mercado laboral interno individualiza a los trabajadores, que ya no se perciben en la misma condición de clase, sino más bien se ven enfrentados los unos a los otros, competencia motivada por premiaciones y ascensiones internas. Al final, esto genera la lealtad hacia empleador.

El tercer y último elemento proviene de la lógica del juego. El juego concreto consiste en manipular relaciones dentro del taller mecánico y obtener beneficios mínimos para soportar las privaciones de la condición obrera. Su texto etnográfico contabiliza, por ejemplo, la negociación entre el maquinista y su auxiliar, con vistas a reducir el tiempo entre una tarea y otra al producir una pieza (ajustando mejor la máquina, aumentando su velocidad, dándole determinados ángulos). En algunos casos, una vez que la remuneración básica estaba garantizada, muchos de sus colegas de trabajo optaban por “escurrir el bulto”, es decir, eludir el trabajo. Era la forma de adaptación del obrero a su proceso productivo, una manera de tornar la jornada laboral más llevadera. La participación en el juego, según plantea Burawoy, se vuelve un fin en sí mismo. El mismo autor, durante su etnografía, confiesa: “La participación en un juego cuyo resultado era incierto suscitó mi interés, y me encontré ayudando espontáneamente a la dirección a obtener más plusvalía” (Burawoy, 1989:90).

Dicha complejización de la producción genera el margen de elección que le otorga al obrero cierto control sobre su propio proceso de trabajo, aunque sea un control estrecho y relativo. Se trata del poder decisivo del obrero sobre qué momentos y por cuánto tiempo le dedica más o menos esfuerzo a su trabajo, que le permite producir más piezas hoy para producir menos mañana. Se trata de la posibilidad, constreñida desde luego, de elegir mejores formas de vender su propia fuerza de trabajo, mejores maneras de adaptarse a sus limitaciones en el trabajo. Su participación en la elección es justo lo que genera consentimiento.

Los trabajos etnográficos de Linhart y de Burawoy, son el resultado de procesos de mimetización laboral; dan pistas sobre cómo desarrollar una observación de piso codo a codo con los sujetos etnográficos a lo largo de sus jornadas laborales. El primer elemento que quisiera destacar tiene que ver con el uso del lenguaje propio del taller, que es el que utilizan los trabajadores. Al fin y al cabo, a través de las jergas se expresan los deseos, las frustraciones y la dinámica productiva del local de trabajo. Aunque tengan distintos fines, ambos trabajos evidencian en segundo lugar la relevancia de los microfenómenos del cotidiano de trabajo que a la larga permiten avizorar ya sea una resistencia colectiva bajo la forma de paros (en Linhart), ya sean las resistencias individuales para disminuir el peso de la condición obrera bajo el sistema de pago por pieza (en Burawoy).

Por último, esos trabajos también marcan una pauta esencial en la investigación científica, a saber, el lugar del etnógrafo en campo, en específico su lugar en el piso de la fábrica. En Linhart, se ve cómo en un ejercicio de reflexividad, el autor sopesa su lugar de varón, francés y blanco en las jerarquías étnico-raciales de Francia que son reproducidas en la fábrica como un todo. Lo mismo aparece



cuando sus supervisores y colegas de trabajo se enteran de su condición universitaria, y lo pasan a tratar de “usted”. En la narrativa de Burawoy, la reflexión sobre su lugar en campo aparece cuando de forma súbita se percibe a sí mismo dentro del juego de adaptación continuo a la demanda por productividad. Pareciera de esa manera una mimetización mejor lograda.

Sin embargo, a diferencia de Linhart y Burawoy, cuyos compañeros de trabajo gozaban de sueldo fijo prestablecido, en el mundo de la costura de São Paulo, la totalidad del cobro a fin de mes depende del esfuerzo de los trabajadores de la costura. El traspaso de la gestión de talleres de las familias coreanas a las bolivianas implica un proceso de cambio que va de la vigilancia del capataz quien no dejaba que “los brazos pararan de moverse” (Diario de campo, 2015), a otra gestión que exige la vigilancia extrema porque apuesta a los acuerdos tácitos entre tallerista y trabajadores.

## La etnografía de piso como método clave

Estudios anteriores en la modalidad de tesis, artículos y capítulos de libro han descrito y analizado la migración boliviana hacia São Paulo desde mediados de los años noventa por lo menos (Da Silva, 1995). Esos textos, cuando se enfocan en la organización productiva de los talleres con migrantes, han dado cuenta del proceso de subcontratación laboral transnacional (Freire da Silva, 2008; De Freitas, 2008) y han aportado en diferentes niveles a la discusión sobre las subjetividades de los migrantes de la costura (Côrtes, 2013). En general, han echado mano de fuentes secundarias, a partir de materias periodísticas y de material producido por las ONG. Otros investigadores han logrado entrevistas, trayectorias y relatos de vida de fuentes primarias, muchas veces usando como puente la sociedad civil-religiosa organizada en torno a los migrantes en la ciudad. Una herramienta de campo repetida han sido por ejemplo las visitas realizadas a los talleres de costura en compañía de miembros de la Pastoral del Migrante (Freire da Silva y Côrtes, 2017). En Buenos Aires, se ha permitido la entrada de investigadores al taller cuando están en presencia de agentes comunitarias de salud (Silveria, Martín y Goldberg, 2018).

La inmersión etnográfica me resultó necesaria, dada la pregunta de investigación que perseguía. La preocupación consistía en contestar cómo la contratación y empleo de migrantes ha impulsado unas movilidades entre Bolivia y Brasil durante casi 30 años. Dicho de otra manera, me interesaba profundizar los detalles mismos del acuerdo laboral establecido entre el empleado y el tallerista. Insertarme en el proceso de manufactura me permitió en primera instancia

codearme con los costureros y talleristas a lo largo de la jornada laboral y en los momentos de descanso. Ese tipo de etnografía de piso ha ratificado y fortalecido muchos de los hallazgos de investigaciones anteriores. El pago por pieza confeccionada o a destajo es uno de ellos. Ese sistema ha sido adoptado en la industria de la confección brasileña desde hace cuatro décadas por lo menos, conforme demuestra el estudio de Abreu (1986) acerca del trabajo a domicilio de costureras brasileñas en Río de Janeiro, así como la tesis de Freire da Silva (2008) acerca de la descentralización productiva que llevó las costureras de São Paulo a convertir sus hogares en salas de costura.

El pago por ensamblaje de una prenda de vestir aleja a esos trabajadores de un pago fijo, de la estandarización de la jornada laboral de ocho horas y de la remuneración por tiempo de trabajo. De hecho, el deslinde de los encargos laborales por parte de los talleristas y de las empresas que subcontratan a los talleres, más la ligereza del empleo de costureros pagados por pieza, se adecuan con facilidad a la velocidad de respuesta exigida por la rotación de modelos de ropa en los mercados populares y en las vitrinas de las tiendas. Los resultados de investigación robustecen de esa manera el planteamiento según el cual la atomización de la confección entre miles de talleres de costura flexibiliza la colocación de las prendas en un mercado lleno de altibajos. Lo anterior se da a raíz de la aceleración del ciclo productivo de la ropa, proceso que se conoce en todo el mundo bajo la noción de *fast fashion*, que en São Paulo se ha popularizado como “*modinha*” (Freire y Côrtes, 2017). Para responder a la velocidad necesaria a las demandas de los consumidores, el mecanismo de subcontratación de los talleres de costura echa mano de la fragmentación espacial de las unidades productivas y los hacen competir por centavos dedólar.

Otros elementos del acuerdo laboral demostrados por los estudios realizados de forma previa en la ciudad han sido confirmados por la inmersión etnográfica, como pueden ser:

- La combinación de taller y vivienda (la sala se vuelve taller y los cuartos sonimprovisados).
- La duración institucionalizada de la jornada laboral de 7:00 a 22:00, con un intervalo de una hora para alimentarse.
- El pago del traslado desde Bolivia al futuro empleado, configurando un vínculo inicial pordeuda.
- La entrega de *vales* de fin de semana en U\$15, que son pagos anticipados y que se descuentan al final de cadames.
- El pago a los costureros corresponde a una tercera parte de lo que los talleristas cobran por piezaconfeccionada.



- La facilidad de incorporación de migrantes no calificados en la costura, dado que en pocos días uno logra manejar máquinas y tipos de costura distintos.
- La composición familiar (nuclear y extendida) de los talleres con pocos miembros.

Los resultados de la inmersión se encuentran muy sesgados por la forma de entrada y de instalación en el taller. El aval de Marta, pero sobre todo de Roberto, para que yo realizara la etnografía de piso, acompañado de los lazos afectivos que tenía con algunos de sus hijos, se han reflejado en el análisis en general, y en la comprensión de las relaciones de poder al interior del taller en particular. Me refiero, de manera clara y expresa, a la “ceguera” ante determinadas prácticas de los gestores del taller hacia los trabajadores. Sin embargo, el seguimiento de la trayectoria de Roberto, Marta, sus hijos y sus ex empleados (más los miembros de otros tres talleres con migrantes bolivianos en la ciudad de São Paulo) da varias señales de que la relación de explotación laboral dentro de un taller-vivienda no puede ser simplificada. Eso porque las relaciones desplegadas no son sólo laborales, sino que invaden el ámbito reproductivo, de descanso y de ocio, del fútbol o del asado los domingos. Esas relaciones se transforman, por lo tanto, en un acuerdo de convivencia desigual, pero al mismo tiempo con más matices que la simple relación patrón-empleado.

En un taller que funcionaba en un departamento chico, sucedía que todos los miembros (los empleadores y los empleados) comían la misma comida y se bañaban en el mismo baño. Y, lo que considero esencial en mi planteamiento: todos trabajaban la misma jornada. En los minitalleres, no hay espacio para el puesto de supervisor, es decir, todos están trabajando quince o más horas al día. Aunque los abusos patronales están registrados, como es debido, en los reportes, en las materias periodísticas y en las investigaciones realizadas hace más de dos décadas y se debe reforzar el cuerpo y el aparato de funcionamiento de los equipos de fiscalización estatales en contra el trabajo esclavo en todos los niveles, mi experiencia de campo hasta el presente no me permite generalizar las coerciones laborales en contra de los costureros bolivianos. De ser así, si las arbitrariedades fueran la norma, esas movi­lidades no se hubieran mantenido por tres décadas seguidas. Otra evidencia son las movi­lidades circulares de muchos de los migrantes con los que he entablado alguna relación o plática, quienes van y vienen entre El Alto y São Paulo repetidas veces.

A la par, la inmersión etnográfica y la convivencia diaria arrojaron luz sobre formas de configuración productiva complejizadas que no habían sido tratadas con anterioridad. Me refiero al pago en cadena y al pago por adición, cuya

aplicación varía en función de la presencia de parejas empleadas en el taller. En el primer caso, la pareja de costureros es contabilizada como una unidad productiva y asume las mismas tallas de las mismas prendas. En estos casos, cobran como si se tratara de un costurero. Les conviene ensamblar en cadena siempre y cuando haya más piezas a la espera. De esa manera, finalizan un paquete de ropas con mayor rapidez para luego agarrar otro y la jornada rinde más. En el pago por adición, la pareja participa en la confección de prendas distintas, como si fueran costureros solteros. Al terminar el mes, se suma lo que corresponde a cada quien. En el mismo sentido, revelo de primera mano cómo la confección de una prenda puede fragmentarse por tipos de costuras, lo que da lugar a procesos de cuarterización laboral. Mi participación en un taller cuyo edificio estaba compuesto de otros talleres de costura, me permitió presenciar cómo se pasan piezas entre sí y seguir los pases del ensamblaje de un bultode cerca de 400 pantalones femeninos, de los cuales realizamos sólo un tipo de costura: la recta lateral que une a las dos piernas de un pantalón.

En el taller, me encargué algunas veces de recibir el bulto de piezas cortadas de las manos de los empresarios que subcontrataban al taller, para que luego fueran ensamblados por los costureros. En el mismo bulto, solía venir el documento en el cual se registran el número de piezas entregadas al taller, el valor pagado por cada prenda confeccionada, el total del pedido y los impuestos correspondientes. Con el documento en mano y a petición mía, tuve acceso a la contabilidad de Roberto en un pequeño cuaderno de apuntes, donde se adjuntan los registros de todos los pedidos que envía la tienda comercializadora. El análisis de esos documentos ha comprobado una práctica diseminada e indebida de transferencia de impuestos desde la tienda al taller. Este cobro es prohibido por las leyes fiscales locales, ya que debe ser cubierto por el contratista. Los talleres deberían tan sólo maquilar las piezas que recibencortadas.

## **A modo de cierre**

En este texto he analizado la conveniencia y los riesgos de un tipo de inmersión etnográfica de piso en un contexto migratorio marcado por la circularidad a lo largo de las últimas décadas entre los Andes bolivianos y la zona metropolitana de São Paulo. La circularidad migratoria nutre los circuitos inferiores de un sector industrial caracterizado por el uso intensivo de trabajo, a saber, la industria de confección paulista. Los lazos migratorios transnacionales además se extienden hacia Buenos Aires. De esa forma, convierten el espacio andino y el

como sureño en el escenario de uno de los patrones migratorios más importantes de Sudamérica.

A través de la revisión de dos trabajos etnográficos (Linhart y Burawoy) recupero algunas de sus pistas, en especial en términos de la posibilidad de observar y vivir la participación del trabajador en el proceso de dominación de su fuerza de trabajo. En contraste con otras investigaciones realizadas sobre la migración boliviana a São Paulo, el texto aporta nuevos elementos relacionados con la complejización del esquema de subcontratación que implica no sólo tercerización, sino cuarterización laboral. El ejercicio de contraste entre las observaciones realizadas y los hallazgos de las investigaciones referidas a lo largo de este texto sugieren algunas generalidades en cuanto al funcionamiento básico de contratación y empleo en los talleres de costura con migrantes en la zona metropolitana de São Paulo, extensibles a los de Buenos Aires. Me refiero en particular a los talleres pequeños, en los que muchas veces trabajan desde una pareja hasta cinco costureros, mismos que surten a las ferias locales y a los mercados populares con prendas de vestir a precios bajos. Además, los hallazgos sistematizados en el trabajo etnográfico pueden servir de punto de partida a futuras investigaciones para verificar eventuales variaciones en otros minitalleres de costura con migrantes bolivianos.

## Referencias bibliográficas

- Abreu, Alice R. P. (1986) *O avesso da moda – trabalho à domicílio na indústria de confecção*, São Paulo: Hucitec.
- Alba Vega, C., G. Lins Ribeiro y G. Mathews (coords.) (2015). *La globalización desde abajo*, México: FCE/El Colegio de México.
- Benencia, R. (2008) “Migrantes bolivianos en la periferia de ciudades argentinas: procesos y mecanismos tendientes a la conformación de territorios productivos y mercados de trabajo”, en Novick, S. (comp.), *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*, Buenos Aires: Clacso.
- Benencia, R. (2009) El infierno del trabajo esclavo. La contracara de las exitosas “economías étnicas”, *Avá. Revista de Antropología* (15), 43-72.
- Burawoy, M. (1989) *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Côrtés Rangel, T. (2013) *Os migrantes da costura em São Paulo: retalhos de trabalho, cidade e Estado*, tesis de maestría en Sociología, Universidad de São Paulo.

- Da Silva, S. (1995) Uma face desconhecida da metrópole: os bolivianos em São Paulo, *Travessia. Revista do Migrante* (23).
- De Freitas, P. (2008) “Imigração e empreendimentos econômicos – o circuito de confecção e comercialização de roupas em torno de imigrantes coreanos e bolivianos na cidade de São Paulo”, Caxambú, 32º Encontro Anual da ANPOCS.
- Diário de campo, São Paulo, Brasil, enero-mayo 2015.
- Freire da Silva, C. (2008) Trabalho Informal e Redes de Subcontratação: Dinâmicas Urbanas da Indústria de Confecções em São Paulo, tesis de maestría, Universidad de São Paulo.
- Freire da Silva, C. (2017) “Les étiquettes de la mode: sous-traitance et travail forcé dans l’industrie de la confection”, *Brésil(s)* (11).
- IEMI (Inteligência de Mercado). Brasil Têxtil 2016. *Relatório Setorial da Indústria Têxtil Brasileira, São Paulo*, 16(16).
- Linhart, R. (2013)[1979], *De cadenas y de hombres*, México: Siglo XXI.
- Miranda, B. (2017) “Uno ya sabe a lo que viene”: la movilidad laboral de migrantes andino-bolivianos entre talleres de costura de São Paulo explicada a la luz de la producción del consentimiento”, *REMHIU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana* (49),197-213.
- Mekari, D. (2016) Bolívia Cultural valoriza cultura andina e fortalece identidade migrante em São Paulo, UOL, consultado el 01 de marzo de 2019, disponible en <<https://portal.aprendiz.uol.com.br/2016/10/05/bolivia-cultural-valoriza-cultura-andina-e-fortalece-identidade-migrante-em-Sao-paulo/>>.
- Montero Bressán, J. y Arcos, A. (2017) How do migrant workers respond to labour abuses in “local sweatshops”?, *Antipode* 49,437-454.
- Repórter Brasil (2012) Escravo nem pensar! Uma abordagem sobre trabalho escravo contemporâneo na sala de aula e na comunidade, São Paulo.
- Santos, M. (2009) *Por uma economia política da cidade: o caso de São Paulo*, 2a. ed, São Paulo:EDUSP.
- Silvana da Silva, C. (2012) “O circuito inferior de produção na metrópole de São Paulo: elementos para o debate do território usado”, *Caminhos de Geografia* 13 (41), 282–292.
- Silveira, C., D. Martín y A. Goldberg (2019) “La vida confeccionada entre retazos de tela: trabajo, vivienda y salud en inmigrantes bolivianos de la ciudad de Sao Paulo”, *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas* (32), 431-449.

- Souchaud, S. (2012) “A confecção: nicho étnico ou nicho econômico para a imigração latinoamericana em São Paulo?”, em Baeninger, R. (org.). *Imigração Boliviana no Brasil*, Campinas: Nepo/Unicamp/Fapesp/CNPq/Unfpa.
- Zonta, M. (2013) “Produção criminosa de roupas em São Paulo”, Brasil de Fato, [consultado el 15 de abril de 2019]. Disponible em <https://www.brasildefato.com.br/node/12764/>.